

Sacerdotes diocesanos misioneros a la luz del Bienaventurado Hermano Carlos de Foucauld

Jean-François BERJONNEAU
ASAMBLEA GENERAL DE CEBU, enero 2019

Antes de presentarles algunos aspectos del mensaje del hermano Carlos que inspirarían nuestro ministerio como sacerdotes diocesanos, me gustaría resaltar algunos elementos del contexto global en el que nos encontramos y que le dan al tema de la fraternidad universal una actualidad candente.

¡Más que nunca, encontramos que en esta sociedad globalizada donde se desarrollan interdependencias, el futuro de nuestro planeta se juega en nuestra capacidad de vivir una solidaridad efectiva entre el Sur y el Norte!

Hoy, en el inicio de este año 2019, nos ubicamos en un contexto internacional nuevo y sorprendente con varios desafíos:

- **El desafío de la degradación de nuestra "casa común"**, como la llama el Papa Francisco, con grandes sufrimientos: el cambio climático, la subida del nivel del mar, la multiplicación en muchas partes del mundo de ciclones, tornados e inundaciones, y en otras partes del mundo, severas sequías y desertificación en algunas áreas. Y encontramos que a menudo son los más pobres los primeros en verse afectados por estas calamidades. Esta perturbación climática, debido a la explotación depredadora de los recursos del planeta por parte de las economías más ricas, está comenzando a arrojar a millones de personas en las rutas del exilio. Y sabemos que sólo saldremos juntos de esto, si somos capaces de tomar decisiones en concenso en todo el mundo y mediante un cambio rápido en nuestras sociedades y en nuestras formas de vida. ¡Es una gran tarea para la fraternidad universal!

- **El desafío de la inmigración que ahora concierne a todos los países del mundo.** Sabemos que la migración Sur-Sur supera en número a la migración del Sur al Norte. Violencia, inseguridad, miserias de todo tipo están arrojando en los caminos del exilio a un número creciente de personas que buscan en otro lugar, un remanso de paz donde establecerse con su familia, con cierta seguridad...

Y, frente a los múltiples naufragios de inmigrantes procedentes de África por tratar de llegar a las costas de Europa, en el mar Mediterráneo, el Papa Francisco nos interpeló vigorosamente durante su viaje a la isla de Lampedusa en Italia:

"Hoy surge esta pregunta con fuerza: ¿Quién es responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? Nadie, todos respondemos de la misma manera: ¡No soy yo! ¡No soy de aquí! ¡Son los otros! ¡Pero ciertamente no soy yo! Y Dios nos pregunta: "¿Dónde la sangre de tu hermano que está clamando?"

Hoy, nadie en el mundo se siente responsable de esto. Hemos perdido el sentido de responsabilidad fraterna.

Caímos en la actitud hipócrita del sacerdote y el levita, de quienes habló Jesús en la parábola del Buen Samaritano.

Miramos al hermano medio muerto al costado del camino, tal vez pensamos "¡pobre hombre! Y continuamos nuestro viaje. ¡No es nuestro asunto!

En este mundo de globalización, hemos caído en la "globalización de la indiferencia"...

Para las fraternidades sacerdotales que siguen al Hermano Carlos, es un verdadero desafío asumir esta "globalización de la indiferencia".

- Frente a estos riesgos de desestabilización de nuestras sociedades, estamos presenciando cada vez más **tentaciones de replegarse en la identidad propia** y el establecimiento de gobiernos que exaltan el orgullo nacional, las preferencias nacionales y no quieren oír hablar de la solidaridad internacional. ¡En Europa, en los Estados Unidos, en otros países del mundo, vemos llegar al poder líderes que son abanderados de la lucha contra la inmigración y campeones del nacionalismo, apoyados por una gran parte de la gente! ¡Quieren construir muros en vez de puentes entre las naciones!

En estas condiciones, "convivir" en el respeto mutuo de nuestra diversidad cultural y religiosa se vuelve más difícil en nuestros países. Y la necesidad de proponer a todos una verdadera política de hospitalidad hacia el extranjero se vuelve cada vez más urgente. Es un verdadero desafío para nosotros, discípulos de Carlos de Foucauld.

- Además, en muchos países del mundo vemos como el **Islam se desgarrar** y se desarrollan **tendencias extremistas**. Una gran parte de la opinión pública de nuestros países se ve afectada por el miedo al Islam. El contexto internacional se presta a todas las dramatizaciones. A través del Internet, las atrocidades de los islamistas vienen a golpear las mentes frágiles de nuestras sociedades.

El miedo al terrorismo y la violencia se están abriendo camino en la opinión pública.

La confusión entre islam y el islamismo, sostenida por líderes políticos irresponsables, está ganando terreno.

Las divisiones que atraviesan las comunidades musulmanas en nuestros países nos desconciertan.

La figura del "musulmán" focaliza los temores y la discriminación en muchos países.

¡Y podemos decir que cuanto más difícil sea el diálogo con los musulmanes, más urgente lo será! Otro reto para nuestras fraternidades.

- Finalmente, me gustaría mencionar de manera más general el diagnóstico realizado por Paul Valadier, un teólogo francés, sobre el estado actual de nuestra familia humana:

"La familia humana se encuentra en un momento de su historia donde puede perderse biológicamente, si destruye sus ecosistemas alimentarios; destruirse con el uso de armas de destrucción masiva, destruirse si el cóctel explosivo de la miseria y la humillación produce cada vez más guerras insostenibles, incluidas las guerras religiosas. Pero también puede destruirse moral y espiritualmente."

Y Paul Valadier pone en tela de juicio un sistema cultural y político dominante, que está experimentando una especie de ceguera ante la trágica situación de esta situación internacional que conocemos.

Y agrega: *"Solo podemos pensar en la esperanza si pensamos en la magnitud del trágico riesgo que enfrentamos."*

Ante esta situación extremadamente tensa y crítica, llena de muchos conflictos y múltiples actos de violencia, mi pregunta es la siguiente:

"¿Cómo testificar de una manera relevante este carisma de fraternidad universal como la vivió y la expresó el Hermano Carlos?"

¿Cómo podemos nosotros, sacerdotes diocesanos, discípulos misioneros iluminados por el mensaje del Hermano Carlos, ser servidores de la fraternidad y encontrarnos en el corazón de estas comunidades cristianas de las cuales somos pastores y que a veces ellas también están atrapadas por el miedo?

Estas preguntas que hacemos hoy en la Iglesia y, en particular, a la luz del nuevo impulso misionero lanzado por el Papa Francisco en la exhortación apostólica "**La alegría del Evangelio**", donde nos exhorta a convertirnos en "una Iglesia en salida".

Nosotros, discípulos del hermano Carlos, somos como él, sacerdotes diocesanos.

Somos como él llevados por esta pasión de gritar el Evangelio con toda nuestra vida.

Pero también somos pastores de comunidades cristianas que están llamados a ser sal de la tierra, y testigos, en el corazón de nuestras sociedades, de una auténtica fraternidad, en el respeto de las diversidades culturales y religiosas de las poblaciones donde estamos implantados.

¿Cómo podemos ser como él, iniciadores del diálogo, cueste lo que cueste, más allá de los temores y la discriminación?

Por lo tanto, me esforzaré por contemplar en el hermano Carlos el arte del diálogo y la fraternidad con los pobres y las personas de otra religión u otras convicciones.

No me refiero al diálogo interreligioso que al hermano Carlos, en el contexto teológico de su época, le era extraño.

Pero creo que instituyó junto con los musulmanes tuareg con quienes se encontró un "diálogo de la vida" presentado por el Concilio Vaticano II y por el Papa Pablo VI en su encíclica *Ecclesiam Suam*, como la base fundamental de todo impulso misionero.

Pudo abrir un diálogo entre él y sus invitados y crear un clima de confianza hasta el punto de convertirse en "un amigo" que vive pobremente con ellos, como ellos.

De esta manera, ha demostrado que la misión de la Iglesia es también suscitar hermanos, en las diferencias de cultura y religión, como se implicó más adelante la Iglesia en su apertura el dialogo lanzado por el Concilio Vaticano II, en particular por el decreto "**Nostra Aetate**".

Por lo tanto, podemos reconocer, como sacerdotes diocesanos de la fraternidad sacerdotal Jesús Caritas, que el Hermano Carlos ha abierto una espiritualidad de diálogo que todavía puede inspirarnos hoy en nuestra responsabilidad pastoral y misionera y en los encuentros que experimentamos no sólo con Musulmanes, sino también con todos aquellos que no comparten nuestra fe y con quienes tenemos que construir un mundo más fraternal. El Hermano Carlos implementó así antes de la Carta esta afirmación de la exhortación apostólica **Pastores dabo vobis**, de Juan Pablo II en 1992:

"Debido a que el sacerdote es dentro de la Iglesia, el hombre de la comunión, debe ser ante todos los hombres, el hombre de la misión y el diálogo.

Profundamente arraigado en la verdad y en la caridad de Cristo, y animado por el deseo y la necesidad interna de proclamar la salvación a todos, está llamado a formar con todos los hombres relaciones de

fraternidad y de servicio, en una búsqueda común de la verdad, trabajando por promover la justicia y la paz”.

Nos muestra que no sólo somos sacerdotes para nuestras comunidades cristianas sino que somos signos en Cristo de una posible fraternidad entre hombres y mujeres, sin importar su afiliación.

Por lo tanto, podemos contribuir presentar un rostro concreto y encarnado a esta definición que el Concilio Vaticano II da de la Iglesia: "Sacramento en Cristo, es decir, signo y medio de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano”.

Presento algunos elementos que me parecen fundamentales en el Hermano Carlos en este camino de diálogo con los "otros" que él abrió:

- Aceptación del desarraigo y, por lo tanto, el llamado a convertirse en una Iglesia en salida.
- Respeto por la libertad de los demás.
- Búsqueda permanente para ganar la confianza del otro y convertirse en su amigo.
- Disponibilidad para ajustarse a la visión de Dios sobre cualquier hombre, independientemente de su creencia.
- Solidaridad concreta con los proyectos de la humanidad.
- Acogida de la dimensión "pascual" del encuentro con el otro.

1) Aceptación del desarraigo.

Todos sabemos que para vivir el encuentro y comenzar el diálogo con quien reconocemos como "diferente", debemos aceptar "salir" de nuestros lugares familiares para ir al terreno del otro. Y nunca es fácil vivir esta "migración".

En este sentido, el Hermano Carlos es para nosotros un maestro del desarraigo.

Este desarraigo, lo vivió en etapas:

En primer lugar por gusto personal. Esto es, antes de su conversión, el viaje de reconocimiento a Marruecos, un país al que penetra disfrazado de rabino. Para ello, primero aprendió hebreo y árabe... Este viaje está marcado por una notable preocupación por comprender al otro y también dejarse tocar por el otro, ya que salvará su vida gracias a la intervención de un amigo musulmán. Esta experiencia aparece registrada en su hermoso libro: "Reconocimiento de Marruecos. "

Pero el desarraigo fundamental para él fue su conversión, que debe a su encuentro personal con ese Dios que él estaba buscando y que se le reveló de manera abrupta a finales de octubre del 1886:

"Desde que creí que había un Dios, supe que no podía hacer otra cosa que vivir solo para él". Ahora es Dios quien lo tomará de la mano.

Y después de este encuentro, hizo una elección: "dejar para siempre a mi familia que era toda mi felicidad, alejarme de ella para vivir y morir."

Se trata para él de "dejar" su universo familiar, como antes de él, Abraham recibió el llamado de Dios para dejar la casa de su padre.

Vivirá este retiro sucesivamente en La Abadía de Nuestra Señora de las Nieves y en La Trapa de Akbes en Siria, luego como criado en las Clarisas en Nazaret, en un encuentro de corazón a corazón con este Jesús de Nazaret, pobre y de vida oculta, que se le reveló en Tierra Santa.

Pero también podemos notar un cambio espectacular en su decisión de ir a Argelia y no regresar a Tierra Santa, cuando hizo su Retiro para la ordenación sacerdotal en 1901:

Este es el segundo aspecto de su desarraigo: ir hacia los otros, encontrarse con ellos, sumergirse en un pueblo a la imagen de Jesús en el misterio de la encarnación.

Estos dos términos del desarraigo estarán íntimamente relacionados. No se puede pensar en el camino del Hermano Carlos a vivir la fraternidad universal sin su respuesta al llamado de Dios de abandonar su universo familiar, los más cercanos a él.

A partir de éste llamado, decide migrar hacia el más olvidado, el más descuidado.

"Mis retiros de diaconado y sacerdocio me han demostrado que esta vida de Nazaret, era necesario realizarla no en la Tierra Santa tan querida, sino entre las almas más enfermas, las ovejas más descuidadas". LHC 23 de junio de 1901

Fue a Argelia, a Beni Abbès, con el fin de penetrar más tarde en Marruecos.

Luego, Beni Abbès, mientras parece estar estabilizado en una vida compartida entre la contemplación y el servicio de los nativos y soldados del país, siente nuevamente el llamado de partir con las Cartas del Coronel Laperrine.

Y en esta invitación a un nuevo desarraigo, reconoce una cierta perturbación interior de la cual informa a Monseñor Guérin:

"Sí, cada cambio, cada movimiento me asusta, me da vértigo. Temo equivocarme y temo no poder. Al mismo tiempo, el miedo a la ilusión y la cobardía natural me provocan este temblor en cada acción importante. Pero por lo general, este temblor cesa tan pronto como me pongo en manos de mi director y me confío a él. A partir de ese momento, reina una paz profunda y toda vacilación cesa... Es la paz, la alegría, una confianza tranquila y un deseo vivo pero muy tranquilo. LMG 30 de junio de 1903

Estas palabras nos muestran que este desarraigo es para él, una fuente de desestabilización e incluso de miedo frente a lo desconocido, pero apoyado en la oración y confirmado por quien lo acompaña, se convierte en un camino místico esencial para la misión.

Y este desarraigo implica para el hermano Carlos sus exigencias:

Aprendizaje de la lengua del pueblo en que se viene a insertar:

Pasa mucho tiempo en aprender el idioma Tamarac, que fue para él otra forma de desarraigo, donde pone toda su energía e inteligencia.

Nos muestra que el precio para entrar en diálogo pasa a través de esta iniciación al lenguaje del otro.

Hará con este conocimiento del idioma de este pueblo, un enorme diccionario Tamajeq-Francés que permitirá la relación, la comunicación de un pueblo al otro, un servicio eminentemente espiritual de hermandad. (¡Honor a nuestros intérpretes!)

Aprendiendo la cultura del otro.

El Hermano Carlos también dedicó mucho tiempo a familiarizarse con la poesía tuareg.

Penetro así en el universo de la cultura del otro, en su propio genio, por el descubrimiento de los sentimientos que lo habitan.

Nos muestra que no hay un conocimiento profundo de un pueblo sin entender su forma de situarse en su relación con la naturaleza, en su relación con los demás y con Dios.

El Papa Francisco está en consonancia con este llamado al desarraigo cuando nos invita a "salir a las periferias geográficas y existenciales. "

Desarrolla largamente en su exhortación "La Alegría del Evangelio" lo que implica esta dinámica de "salida" para nuestras comunidades cristianas. (ver en particular el #24 que detalla las características principales de una Iglesia en salida: tomar la iniciativa de ir hacia el otro, saber comprometerse en el servicio del otro, acompañar, caminar a su propio ritmo , recibir con paciencia los frutos de este encuentro, celebrar y dar gracias a Dios por esta nueva fraternidad).

Situa esta dinámica en la línea del llamado primordial de Yahweh a Abraham para que abandone su país y se convierta en un mediador de "las bendiciones de Dios entre las naciones". "

Llamada para nosotros Sacerdotes de la Fraternidad Sacerdotal Jesús Caritas

Tenemos que iniciar nuestras comunidades a esta dinámica de "salida", que no es muy familiar para nuestros feligreses más bien centradas en su "campanario"

Enseñarles a salir hacia los otros, aceptar el desarraigo que implica, aceptar recibir la hospitalidad del otro, descubrir poco a poco su cultura, su "idioma", entrar a través del diálogo en la alteridad y la reciprocidad del otro, releer todo lo que estos diálogos tienen como una repercusión en la vida de la fe.

Es a este precio que viviremos los primeros pasos de la evangelización.

Debemos vigilar que nuestras comunidades nunca se vuelvan "auto-referenciales", como el Papa Francisco nos invita a hacer.

2) Respeto por la libertad de los demás.

El Hermano Carlos nunca usó la presión para difundir su fe.

Manteniendo un profundo deseo de que los musulmanes descubran la fe y la persona de Cristo, siempre respetó su libertad.

Hubo un momento en que comprendió que no haría ninguna conversión a la fe cristiana.

En 1908, escribió: "No he hecho una conversión seria durante 7 años que estoy aquí...

Conversión seria, cero!

Diría algo más triste aún: "Cuanto más voy, más creo que no tiene sentido tratar de hacer conversiones aisladas por el momento. Sin duda, Dios puede hacer cualquier cosa. Puede, por su gracia, convertir a los musulmanes y a quien Él quiera en un momento. Pero hasta ahora no ha querido hacerlo.

Parece que no está en sus planes conceder esta conversión a la santidad.

Queda por emplear los medios más razonables, mientras uno se santifica lo más posible y recordar que hacemos el bien en la medida en que somos buenos.

Estos medios lentos e ingratos son la educación a través del contacto... Por encima de todo, uno no debe desanimarse por la dificultad, sino decirse a sí mismo que cuanto más difícil, lento e ingrato, la obra debe realizarse con gran prisa y realizar grandes esfuerzos." Carta al Padre Caron, el 9 de junio de 1908.

Lo que sorprende en esta carta es que el descubrimiento que hace el Hermano Carlos, con dolor, de que la imposibilidad de conversión, no conduce de ninguna manera a una opción para interrumpir su presencia en este pueblo cuyas vidas comparte.

Podría haber pensado, que siendo la conversión de los "infieltes" su prioridad, iba a buscar otros lugares más favorables para su misión.

Al contrario, decide decididamente permanecer en medio de esta gente con la que, en nombre de Jesús, ha hecho una alianza.

Desea continuar este diálogo de amistad que ya ha comenzado. Quiere hacer su contribución a la educación de esta gente dejando a Dios el gozo de guiar a este pueblo de acuerdo con sus misteriosos designios. Esto constituye una parte integral de su misión.

Más tarde, en una carta a Joseph Hours que él quiere iniciar a la misión que él comenzó, dirá que es absolutamente necesario evitar "cualquier espíritu militante", es decir, cualquier espíritu de coerción.

En este sentido, está convencido de seguir el espíritu del Evangelio de Jesús, que nunca fuerza la libertad de las personas con las que se encuentra.

"Jesús nos enseñó a ir como "corderos en medios de lobos", a no hablar con amargura y rudeza ni tomar las armas" L.J.H., 3 de mayo de 1912

Para seguir este camino, hay una sola manera: "Lea y vuelva a leer incesantemente el Santo Evangelio, tenga presente los actos, las palabras y los pensamientos de Jesús para pensar, hablar y actuar como él. "

Esto es lo que nos ilumina, sacerdotes diocesanos, en los diálogos que podemos establecer no sólo con los musulmanes, sino con todas las personas que no comparten nuestra fe.

Lo que se dice de "la nueva evangelización" puede aparecer "mercadeo" o publicidad, pero es bueno resaltar con el hermano Carlos que el testimonio de fe no puede pasar, sino a través del más profundo respeto a las personas con quienes dialogamos.

Como dice el Hermano Carlos: "Se trata de predicar el Evangelio en los techos, no con palabras, como San Francisco de Asís, con toda la vida"... lo que no nos exige de "dar cuenta de la esperanza a quienes nos piden que lo hagamos... pero con amabilidad y respeto.»(IP.3, 15)

Nos corresponde a nosotros ser "presencia del Evangelio" irradiándolo con toda nuestra vida.

3) Ganar la confianza, hacerse amigo.

Este diálogo de la vida al que Pablo VI nos invita en la encíclica *Ecclesiam suam* exige "claridad, gentileza, humildad, amabilidad, generosidad, paciencia, confianza, prudencia..."

En este contexto de las condiciones del diálogo, el hermano Carlos también aparece como pionero:

En la misma carta a Joseph Hours, caracteriza las relaciones que pueden darse con los musulmanes que lo rodean:

"Preparar primero el terreno en silencio con amabilidad, contacto íntimo, un buen ejemplo; amarlos desde el fondo del corazón, ser estimados por ellos y amarlos; de esta manera, derribar prejuicios, ganar confianza, adquirir autoridad - lleva tiempo - luego hablar con los más dispuestos, muy cautelosamente, poco a poco, de manera entretenida, dándole a cada uno lo que es capaz de recibir..."

Observo varias realidades en este proceso:

"Silencio y bondad" porque la bondad ya es un lenguaje. No hay necesidad de mucho discurso cuando eres bueno. La bondad permite establecer una relación con la persona que conoces que te posibilita acoger a la persona tal como es, con un espíritu de benevolencia carente de posesividad. Como Jesús dice, "sólo Dios es bueno", nos toca a nosotros ser su reflejo.

"Amarlos desde el fondo del corazón y entrar en una estima recíproca"... lo que supone rechazar cualquier relación que pretenda poseer al otro o buscar asimilarlo. Por el contrario, entrar en una estima recíproca donde cada uno da y recibe.

"Romper los prejuicios"

A menudo es la representación que tenemos del otro lo que impide el diálogo: los prejuicios debidos a la historia pasada y los siglos de resentimiento acumulados, los eventos internacionales que ponen de relieve la violencia y la agresión que marcan las relaciones entre musulmanes y cristianos..., estas relaciones se ven obstaculizadas por esta suma de prejuicios que debemos superar para entrar en una estimación recíproca.

"Obtener confianza... toma mucho tiempo"

Claude Rault, obispo emérito del Sahara habla de la necesidad de la "paciencia geológica" para ganar confianza.

El hermano Carlos habla del "apostolado de la bondad" que tiene su origen en el amor de Cristo en nosotros, para dialogar con los musulmanes.

"Lo que me dijo el señor Huvelin en mi último viaje a Francia (en 1909): mi apostolado debe ser el de la bondad. Cuando me vean, lleguen a decir: "Si este hombre es bueno, su religión debe ser buena. Si alguien me pregunta por qué soy cariñoso y bueno, debo decir: "Porque soy el sirvidor de alguien mucho más bueno que yo. Si supieran lo bueno que es mi maestro Jesús! "

Para el Hermano Carlos, la única manera de dar testimonio del Evangelio es establecer un diálogo y confianza con los musulmanes.

Para nosotros, sacerdotes diocesanos, es un llamado a reconocer que se pueden forjar amistades fuertes con personas que no comparten nuestra fe e iluminar las vidas de nuestras comunidades para superar los temores y construir confianza entre ellas.

Con respeto por las diferencias, se puede desarrollar una profundidad espiritual hasta tal punto que el diálogo pueda llegar a ser para ambos una necesidad, que nos permita profundizar nuestras respectivas convicciones.

En mi diócesis, tuvimos durante todo un año un diálogo una vez al mes, entre musulmanes y cristianos, a partir de la lectura de un libro escrito por un teólogo musulmán y un teólogo cristiano, para permitirnos expresar cómo la oración, la referencia a nuestras respectivas Escrituras, el amor al prójimo tienen importancia en nuestros respectivos caminos de fe.

Para vivir tales diálogos, es necesario que cada uno tome el tiempo del acercamiento recíproco y el conocimiento personal del otro, de la confianza.

También es necesario que la claridad de las diferencias haya sido reconocida por ambos y que no haya tentación de hacer proselitismo o asimilar al otro en ambos lados.

Finalmente, es importante que esta amistad pase el filtro de la prueba que inevitablemente se presenta (experiencia de contradicción, confrontación en un contexto político o social difícil...) y que se mantenga firme.

4) Ajustarse a la visión de Dios sobre las personas que conocemos.

La amistad que el Hermano Carlos quiere desarrollar con los tuareg está enraizada en la espiritualidad de Nazaret y es inseparable de la oración constante que lo une a su Maestro y Bienamado Señor: Cristo.

En la misma carta a Joseph Hours, hace un llamado a "ver a cada ser humano como un hermano amado, como un hijo de Dios, un alma redimida por la sangre de Jesús, un alma amada de Jesús". (Cf Christian de Chergé, en su Testamento)

El Hermano Carlos en su encuentro con los tuaregs insiste en el arraigo del apóstol en la caridad de Jesús: "Es el fundamento de nuestra religión. Obliga al cristiano a amar al prójimo, es decir, a todo ser humano, como a sí mismo, y, en consecuencia, a hacer de la salvación del prójimo, a partir de su propia salvación, la gran tarea de su vida. Todo cristiano debe ser un apóstol: no es un consejo, es un mandamiento, el mandamiento de la caridad. "

Fue en oración, al pie del tabernáculo, en una actitud de profunda adoración, durante el Retiro que lo preparó para el sacerdocio que se impuso la nueva orientación de su vida, que lo empujó hacia los más pobres y particularmente hacia los musulmanes.

Es allí donde se da cuenta de que el sacerdocio exige un don absoluto de sí mismo a Jesús, una fraternidad universal, una consagración incondicional a todos los hombres y especialmente a los más pobres. Y continúa invitando a los laicos, con quienes quiere asegurar su misión, de entrar en este movimiento.

La originalidad de la espiritualidad de Nazaret es vincular estrechamente la contemplación de Dios en la encarnación de su Hijo en el corazón de nuestra humanidad y el deseo de acercarnos a esta humanidad sufrida por la cual Cristo dio su vida e inicia su salvación.

Siguiendo al Hermano Carlos, creo que para nosotros, miembros de la fraternidad sacerdotal, no puede haber encuentro ni diálogo con los hermanos que no comparten nuestra fe, que brota de la conciencia de ser conducidos e impregnados por el amor de Cristo

Al comienzo de cada encuentro con el hermano desconocido o que viene de otra parte, hay una palabra de Dios: "¡No tengas miedo! ¡Yo estoy contigo! "

Es este amor de Dios encarnado en la persona de Jesús, es que nos da suficiente confianza para arriesgarnos al encuentro con los que son diferentes.

Hay una dimensión contemplativa de la fraternidad universal que nunca debemos olvidar. En el Espíritu del Resucitado, que habita en nosotros, somos llamados a ir al encuentro de nuestros hermanos y hermanas diferentes y a acompañar a nuestras comunidades en este movimiento de hermandad. ¡Destacar la importancia de nuestros tiempos de desierto y adoración, porque son tiempos "ganados para los demás"!

Sólo partiendo de esta experiencia de oración, podemos adaptarnos a la mirada de amor y misericordia que Dios tiene para todos sus hijos; ¿Sabemos cómo ser para ellos los reflejos de esta bondad divina?

Esto es lo que escribió el hermano Christian de Chergé el 8 de marzo de 1996, poco antes del secuestro de los monjes:

"Tenemos que ser testigos del Emmanuel, es decir, del "Dios con nosotros". Hay una presencia del "Dios entre los hombres" que debemos asumir.

Es en esta perspectiva que entendemos nuestra vocación de ser la presencia fraterna de hombres y mujeres que comparten la vida de los argelinos en la oración, el silencio, la amistad. Tanto amó Dios a los argelinos que les dio a su Hijo, a su Iglesia y a cada uno de nosotros con ellos.

"¡No hay amor más grande que dar tu vida por aquellos a quienes amamos! (En "Siete vidas para Dios y para Argelia" p.207-208)

5) Trabajar juntos al servicio de la justicia y el desarrollo en la sociedad.

El Hermano Carlos quería compartir lo más cerca posible las condiciones de vida de los tuaregs en cuyo medio vivía.

Y no estaba contento de vivir con eso, sino que se dedicó a mejorar la vida cotidiana de los habitantes de Hoggar y al desarrollo humano y social de esta región.

Prestó atención a los problemas de salud que afectaban a esta población y trajo medicamentos que podrían aliviar algunas dolencias.

Trabajó en los problemas económicos, técnicas de riego, retención de agua, agricultura local. ¡Él enseñó a las mujeres tuareg a tejer!

Intenta obtener herramientas para arar, semillas porque hace todo lo posible para sedentarizar a las poblaciones.

Se preocupa por las enfermedades del ganado, la sequía, las langostas que destruyen las escasas cosechas, una mosca que ataca a los camellos...

Fomenta el desarrollo de las comunicaciones y se alegra por las primeras conexiones de automóviles a través del desierto, el proyecto del tren transahariano, todo para el bienestar de los pobladores.

Anteriormente, cuando estaba en Beni Abbès, participó activamente en la lucha contra las prácticas de esclavitud a las que las autoridades francesas cerraban sus ojos con complacencia. Quiso advertir a la opinión pública sobre estas graves violaciones a la dignidad humana.

"¡Ay de ustedes, hipócritas, que pusieron en los sellos de correo y en todas partes "Libertad, Igualdad, Fraternidad y Derechos Humanos, y que cierran las argollas de los esclavos, que condenan a las galeras a los que falsifican sus billetes de banco y les permiten robar los hijos a sus padres y venderlos públicamente..."

"No podemos ser centinelas dormidos, perros mudos, pastores indiferentes..."

No teme denunciar las actitudes políticas que generan las injusticias de las que son víctimas los pobres.

Fue sobre la base de una humanidad común que creó un "diálogo de obras" educativo y constructivo con esta población, cuyas condiciones de vida compartía.

Para él, en este compromiso concreto con el servicio al desarrollo, hubo un elemento de confirmación de la fuerza de la caridad que Cristo puso en él: "Se trata de demostrar a estos pobres hermanos que nuestra religión es toda caridad, toda fraternidad y su emblema es un corazón.» LAH 15 de julio de 1904

Así, nos ha mostrado el rostro de una "Iglesia diaconal" que contribuye al mejoramiento de la condición humana y a la lucha contra todo lo que desfigura a la humanidad.

En esta perspectiva se une al llamado del Papa Francisco a hacer de nuestras comunidades eclesíásticas lugares donde se experimente una fraternidad universal activa.

"La fe genuina... siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor después de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha colocado, y amamos a la humanidad que lo habita, con sus dramas y sus perezas, con sus aspiraciones y esperanzas, con sus valores y sus fragilidades. La tierra es nuestro hogar común y todos somos hermanos. Bien que "el orden justo de la sociedad y el Estado es un deber esencial de lo político", la Iglesia no puede ni debe ser excluida de la lucha por la justicia. Todos los cristianos y también los sacerdotes están llamados a cuidar la construcción de un mundo mejor. E.G. No. 183

Las comunidades cristianas que acompañamos están ubicadas en asentamientos humanos, en barrios o aldeas donde comparten las mismas condiciones de vida que sus conciudadanos. Los fieles de nuestras parroquias experimentan los mismos problemas de desempleo, precariedad económica, inseguridad con respecto al futuro y tensiones entre generaciones en las familias.

Con todos los ciudadanos de estos barrios, sea cual sea su cultura o su convicción religiosa, están llamados a comprometerse con la defensa de la dignidad de las personas, la solidaridad con los más frágiles, a luchar contra la exclusión, aprender a vivir juntos.

Estas áreas de compromiso común donde personas diversas por la cultura o la religión lleguen a constituir espacios sencillos de diálogo, que permitan crecer en confianza mutua y donde puedan caer las barreras que mantienen comunidades humanas en el miedo y la desconfianza.

Como pastores, discípulos del Hermano Charles, tenemos que iniciar una dinámica de "Salida" de nuestras comunidades para ayudar a los fieles a convertirse en compañeros de la humanidad, no solo

participando activamente en la animación de la vida local sino también llevando a la oración y a la liturgia toda esta humanidad en camino de fraternidad.

En Val de Reuil, una ciudad de mi diócesis donde poblaciones de África y Asia se codean con normandos, la parroquia católica es parte de un colectivo de asociaciones que tienen como objetivo ofrecer fiestas y eventos interculturales para desarrollar el vínculo social y crear un sentido de pertenencia a una verdadera comunidad humana. Esta es una oportunidad para que los cristianos dialoguen con musulmanes, budistas, agnósticos y se conozcan mejor.

En línea con el mensaje de la fraternidad universal del hermano Carlos, la Iglesia participa en la construcción de la unidad de la familia humana, de acuerdo con la vocación reconocida por el Concilio Vaticano II.

El Hermano Carlos estaría feliz de ver su intuición extenderse y florecer para el bien de toda la Iglesia a través del Concilio.

6) El lugar del misterio pascual en la dinámica de la fraternidad universal.

Todos aquellos que han puesto en el corazón de su fe y misión el deseo de dar testimonio de la fraternidad universal saben que la Cruz nunca está lejos. Nuestros hermanos y hermanas en Argelia que fueron beatificados en diciembre pasado están aquí para recordarnoslo. Llegaron hasta dar sus vidas por fidelidad a los argelinos cuyas vidas compartieron y por fidelidad a Cristo que fue la fuente de este regalo.

El Hermano Carlos nos lo recuerda hasta el día de su muerte el 1 de diciembre de 1916:

"Nuestra aniquilación es la forma más poderosa de unirnos con Jesús y hacer el bien a las almas", escribió a su prima Marie de Bondy.

Para él, hay un vínculo estrecho entre el misterio de la Cruz y la universalidad del amor de Cristo:

"Él (el Hermano Carlos) sabe que al colocarse al pie de la cruz, será, sobre todo, el salvador con Jesús. Lo aprendió de San Juan, cuyo Evangelio meditó: es en el momento en que el apóstol amado se encuentra a sí mismo, callado e indefenso, en el Calvario y mantiene su mirada fija en Jesús al no hacer nada, aparte de contemplarlo ... es en este mismo momento que San Juan está presente en el "último", en el desafortunado, en el abandonado, en todos los privados de amor, en todos los hombres; más presente que nunca, porque él está con Jesús-Salvador, en el corazón, con Él, en todo el mundo ... "Jean-François Six" Itinerario espiritual de Carlos de Foucauld" Ed. du Seuil p.264

Y es en el misterio de la Eucaristía, la sangre de Cristo derramada por la multitud, que él esta universalidad del don de Dios en la persona de Jesús. Se siente obligado a ir al encuentro de los más olvidados de los hombres, para testimoniarles el esplendor universal del amor de Cristo.

Esto le hace afirmar esta recomendación en la Constitución de los Hermanitos del Sagrado Corazón escrita en 1897:

"Que su caridad universal y fraterna brille como un faro: Que nadie, ni siquiera un pecador, ni siquiera un infiel, ignore de muy lejos, que son los amigos universales, los hermanos universales, que consumen sus vidas para orar por todos los hombres sin excepción y para hacerles bien.

Hágales saber que su Fraternidad es un puerto, un asilo donde todo ser humano, especialmente el pobre e infeliz, es invitado, esperado y recibido fraternalmente en cualquier momento.

Esta fraternidad es, según su nombre, la casa del Sagrado Corazón de Jesús, del amor divino que irradia la tierra, de la caridad ardiente del salvador de todos los hombres. "

Creo que si nosotros, sacerdotes de la Fraternidad Sacerdotal Jesús Caritas, queremos vivir en el seguimiento del Hermano Carlos, esta fraternidad universal en medio de las personas que no comparten nuestra fe y que a veces se oponen a nosotros, no podremos evitar la cruz.

Y esto por varias razones:

1) Porque seguir a Jesús es llevar su cruz.

Sabemos que si, como lo hizo el Hermano Carlos, seguimos los pasos de Jesús, debemos seguirlo hasta el final, el es quien nos dice: "Si alguien quiere seguirme, que se niegue a sí mismo y tome su cruz todos los días y me siga "Lc. 9.23

El discípulo no es más que su maestro...

2) Porque el diálogo invita a hacer espacio al otro, escucharlo, renunciar a cualquier tentación de absorber al otro... Esto se relaciona con el llamado del Hermano Carlos a "tomar el último lugar", que luego se convierte en un principio esencial para entrar en la alteridad.

Para entrar en una relación fraterna con "el otro", debemos "morir" de cierta manera, el "hombre viejo", el que se aferra de manera posesiva sobre su identidad cultural o nacional, o su postura religiosa para poseer exclusivamente la verdad y dominar al otro o rechazarlo cuando nos molesta.

El diálogo siempre exige el consentimiento para dejarse transformar por el otro, para ser "alterado" por el otro e incluso ser entregado a las manos del otro. Esto es lo que le sucedió al Hermano Carlos en un momento crítico de su vida. En diciembre de 1908.

Una terrible sequía pesa sobre el Hoggar. La miseria causa estragos en los tuareg. El mismo Hermano Carlos está abrumado por la enfermedad. No le queda nada. Ya no puede dar nada. Ni siquiera puede hablar. Y es en este momento de la debilidad más extrema que se entrega en manos de sus vecinos tuareg. Estos entran en su vida. Comparten con él lo poco que les queda, la leche de sus cabras, un poco de pan. Pero este gesto salvará su vida y le mostrará esta solidaridad fundamental para que el otro no muera... En este simple gesto de la vida de un hombre salvado por otros hombres, se juega esta hermandad fundamental más allá de las diferencias culturales y religiosas, en esta misteriosa y profunda comunión que tiene su origen solo en Dios: "Todo lo que has hecho con el menor de mis hermanos, lo has hecho conmigo ". Mt. 25 Y esta vez el pequeño, es el Hermano Carlos. Y a través de él, los tuaregs sin saberlo encuentran a Cristo.

Es un desafío inherente a la responsabilidad pastoral de nuestras comunidades, ayudarles a abrirse a esta dimensión pascual de este camino de fraternidad, que debemos trazar en el corazón de nuestras sociedades.

3) Porque este camino de hermandad universal siempre será confrontado con la violencia de las identidades replegadas de las sociedades donde vivimos.

Cristo mismo fue enfrentado a esta violencia en el momento de la pasión, en este camino de la fraternidad donde derribó las barreras religiosas que separaban lo "puro" de lo "impuro" y donde llamó al amor de los enemigos. Esta actitud le valió la condena del Sumo Sacerdote: "Es mejor que un hombre muera antes que hacer perecer a toda la nación".

Es en el lugar mismo de la confrontación en el paroxismo de la violencia y el rechazo del otro, al morir en la cruz, en ese hasta el final del amor que consiste en dar la vida e introducir el perdón, que esa fraternidad universal ha manifestado en él su poder. Como San Paul dirá más tarde, "En su persona, él ha matado el odio" Ef. 2.16

Sabemos que este camino de la fraternidad universal que Jesús nos invita a vivir siempre perturba una concepción posesiva y exclusiva de la identidad de un pueblo o una nación.

Nosotros, sacerdotes diocesanos, siguiendo al Hermano Carlos, si nos comprometemos a defender el principio de hospitalidad con los migrantes, si nos abrimos al diálogo con los musulmanes, si somos servidores del encuentro entre las personas que a menudo nos tememos unos a otros, si luchamos contra la discriminación, sabemos que inevitablemente encontraremos hostilidad y contradicción incluso dentro de nuestras comunidades. Pero es a este precio que seremos artesanos de la paz y la fraternidad en el corazón de nuestros pueblos que hoy se sienten sumidos en el miedo.

Y es también a este precio que las comunidades cristianas que acompañamos se convertirán con Cristo "signos de la unión íntima con Dios y la unidad de la familia humana", como los llama Lumen Gentium.

Recuerda estas palabras del Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*:

"Salgamos, salgamos a ofrecer toda la vida de Jesucristo... Prefiero una iglesia accidentada, herida y sucia por salir a los caminos, que una Iglesia enferma por su encierro y la comodidad de aferrarse a su propia seguridad... » EG N ° 19

Conclusión

Como resultado de esta reflexión, podemos hacernos a nosotros mismos, sacerdotes diocesanos, seguidores del Hermano Carlos, de maneras nuevas estas preguntas:

¿Qué testimonio del amor universal de Cristo llevamos a las comunidades en cuyo servicio nos encontramos, en el corazón de nuestras sociedades, donde convivir es difícil y donde las diferencias culturales y religiosas pueden convertirse en fuentes de desconfianza y conflicto?

¿Estamos animados, siguiendo al Hermano Carlos, con esta pasión de dar testimonio de nuestra fe en Cristo como un camino de paz y fraternidad?